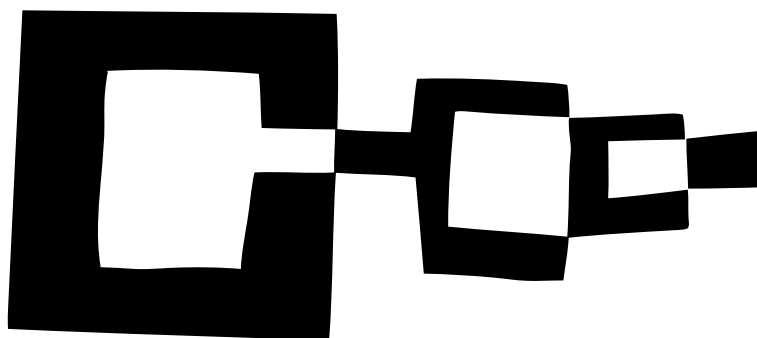


Cultura cívica y desarrollo

Carlos R. Cordourier Real



“La sociedad tiene un papel primordial en la erradicación de los obstáculos que les impiden a las personas ser libres”, por lo que la cultura cívica y el desarrollo van íntimamente ligados, según plantea el autor en su texto.

Introducción

Existen diversas formas de entender el proceso de desarrollo; no obstante, en los últimos años ha crecido el consenso respecto a que el nivel ingreso no constituye un indicador adecuado ni exhaustivo para medirlo. Así, el tamaño del Producto Interno Bruto (PIB) o el propio ingreso per cápita dicen poco del desarrollo de un país, si no se consideran factores vinculados íntimamente con la calidad de vida de las personas. Una de las teorías más influyentes del desarrollo es la formulada en torno de las capacidades de las personas, (i.e., libertades humanas sustantivas), concebida por el economista indio Amartya Sen. De acuerdo con Sen, el desarrollo debe entenderse como un proceso que expande las libertades de las personas. Es decir, se trata de potenciar la agencia de los seres humanos para que tengan los medios para escoger efectivamente su plan de vida. De manera que el desarrollo debe ser visto como un proceso que elimina aquellos obstáculos que impiden a las personas ejercer su libertad.

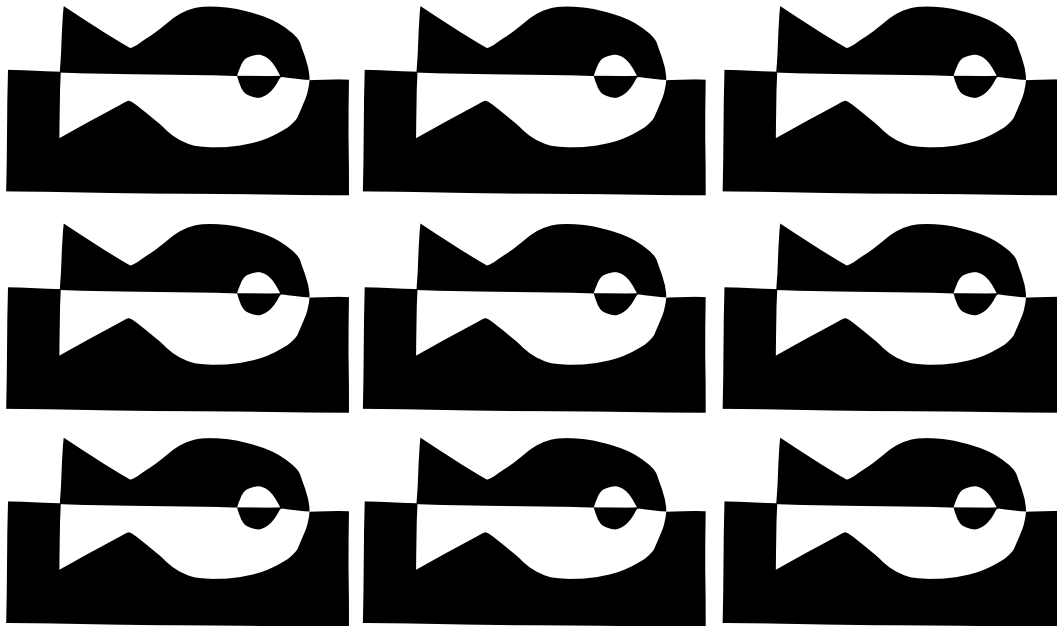
El desarrollo requiere la remoción de las principales causas de la falta de libertad: pobreza y tiranía, falta de oportunidades económicas, así como privación social sistemática, desatención de servicios públicos, e intolerancia y coacción de estados represivos (Sen, 1999: 3).

Además de ser el fin supremo del desarrollo, a decir de Sen, la libertad es un medio para avanzar en este proceso. De modo que las llamadas libertades instrumentales (vgr., libertades políticas, oportunidades sociales, transparencia, seguridad, etcétera,) son variables que se interconectan para incidir positivamente en la disminución de la pobreza e incluso en el crecimiento económico.

Definido el desarrollo como un proceso de expansión de la libertad de las personas (Sen 1999), en este breve artículo analizaré cómo la cultura cívica puede contribuir al proceso de desarrollo a través de una virtud ciudadana: la solidaridad.

Los retos del desarrollo

Para comprender qué papel tiene la cultura —entendida como el conjunto de valores y referentes intersubjetivos que dan significado a las actitudes, expresiones y acciones de los miembros de una comunidad— en el proceso de desarrollo sociales necesario



identificar algunas características socioeconómicas relevantes del país. En este sentido, a diferencia de aquellos países que en la historia moderna han alcanzado altos niveles de desarrollo, México ha partido de una situación social que impone retos distintos a los enfrentados, por ejemplo, por los países de Europa Occidental, Canadá, Estados Unidos e incluso el Este asiático. Menciono solamente dos que me parecen cruciales.

En primer lugar se encuentra la existencia de un contexto social marcado por una enorme desigualdad. Aunque la prevaeciente disparidad de ingreso es el indicativo más contundente de esta brecha, existen otros factores que también dan cuenta de que nuestro país ofrece muy distintas posibilidades de desarrollo a sus ciudadanos(as) dependiendo de su origen étnico, social, geográfico, y económico. Por citar un ejemplo reciente, baste señalar que, de acuerdo con los resultados de la prueba de Evaluación Nacional del Logro Académico en Centros Escolares (ENLACE), ocho de las diez primarias con peor desempeño en las materias evaluadas por dicho instrumento son escuelas catalogadas como indígenas.¹ Lo cual significa que, a pesar

de que el sistema educativo nacional ha extendido su cobertura de manera importante, llegando incluso a diminutas comunidades prácticamente inco-municadas, los hijos(as) de mexicanos indígenas se encuentran en una situación de desventaja frente a los hijos(as) de sus compatriotas que, digamos, han nacido en un entorno étnico distinto. La situación es de por sí dramática, pues si nos concentráramos en otro tipo de indicadores más reveladores como el propio índice de analfabetismo, la mortalidad y desnutrición infantil o la esperanza de vida al nacer, la desigualdad se torna todavía más grave.

Otra característica que quisiera apuntar en este artículo se refiere a la falta de integración interna de la economía nacional en la que prevalecen subsistemas regionales con dinámicas propias e inconexas. Esta desarticulación estructural, que fragmenta el mercado doméstico y que se expresa en niveles distintos de productividad, complica la implementación de políticas orientadas al crecimiento económico, el cual es una precondition del desarrollo. Así, mientras que en algunas partes del país, principalmente en el norte y centro-occidente, los procesos de apertura comercial han tenido un impacto positivo, en otras regiones –donde, por ejemplo, la actividad económica principal es la agricultura para el autoconsumo– los efectos han sido desventajosos.

¹ Ver "Las 10 peores primarias del país, de acuerdo con ENLACE 2007". *El Universal*. com.mx. Martes 28 de agosto de 2007, <http://www.eluniversal.com.mx/notas/445563.html>

Es claro que al existir tal desarticulación de la economía nacional se generan tensiones económicas y sociales que exigen una finísima arquitectura de la política económica para optimizar sus resultados. Si no se trata de renunciar, si eso fuera posible o deseable, a la globalización económica, es un hecho que un mercado doméstico mejor integrado potenciaría las ventajas estructurales que tiene nuestro país para competir exitosamente en el mundo. El reto consiste no sólo en generar una infraestructura que comunique eficientemente a los distintos subsistemas económicos regionales, sino en ampliar, mediante transferencias redistributivas e incentivos económicos, el cúmulo de capital físico y humano disponible en las regiones más rezagadas.

Cultura cívica y desarrollo

Si bien es claro que los países no se desarrollan de manera espontánea al margen de instituciones políticas y económicas determinadas (por ejemplo, instituciones estatales que definen políticas fiscales, sociales, industriales, etcétera, o bien instituciones económicas como las empresas, los intermediarios financieros o la propiedad privada), es un hecho que las normas y prácticas sociales tienen un impacto.² En esta sección, mi objetivo radica en señalar de qué manera la cultura puede estimular favorablemente la creación de condiciones de desarrollo. En particular, abrevando de la definición de desarrollo propuesta por Sen (i.e., un proceso que amplía las libertades reales que la gente goza), quisiera ponderar cómo la cultura cívica puede contribuir a la consolidación de un sistema que efectivamente garantice las libertades substantivas de los individuos. Mi propósito consiste en advertir qué valores y referentes intersubjetivos que dan contenido a las actitudes, acciones y expresiones de una comunidad, y relacionados específicamente con virtudes ciudadanas, contribuyen a la erradicación de la pobreza, la marginación y exclusión social.

Aquí, sin embargo, es necesaria una precisión terminológica. Existe en la sociología política un cúmulo importante de literatura sobre una noción de cultura cívica que define ciertas actitudes ciudadanas como precondition de la viabilidad de los regímenes democráticos. El concepto de cultura cívica en esta tradición sociológica, que tiene por principales expositores a Gabriel Almond, Sidney Verba y Ronald Inglehart,

² Fue el sociólogo alemán Max Weber (1864-1920) en su ensayo "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo" quien por primera vez reflexiona acerca de la interrelación entre el sistema económico y el sistema de creencias. En este caso, Weber analiza cómo, desde su perspectiva, un tipo específico de creencias religiosas (la ética puritana protestante) favoreció el desarrollo del capitalismo.

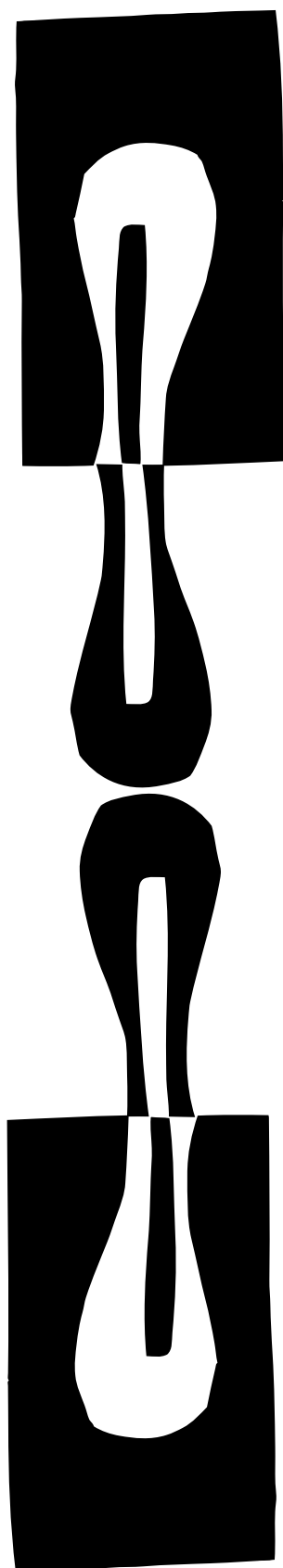
se entiende como un tipo particular de cultura política caracterizada principalmente por el interés de los ciudadanos en participar en el sistema político (en virtud de que consideran que pueden influir en la toma de decisiones), y por el grado de confianza existente entre los individuos que forman una comunidad.³

Aunque esta definición de la cultura cívica es útil para reconocer qué factores sociales inciden en la estabilidad de la democracia, mi uso del término no se circunscribe a la participación política y a la confianza, sino que propongo emplear el término en un sentido más amplio. El concepto de cultura cívica en este artículo, entonces, se refiere a un conjunto de valores, principios, hábitos y referentes intersubjetivos que conforman un ethos basado en la solidaridad y la corresponsabilidad de los miembros de una comunidad política. La cultura cívica ha de entenderse fundamentalmente como una estructura ética ampliamente socializada que define el contenido de virtudes ciudadanas, basadas en la solidaridad, y que orienta la acción cotidiana de los miembros de una comunidad.

¿Cómo contribuye la cultura cívica así definida en el proceso de desarrollo caracterizado por los retos mencionados en la sección anterior? Por una parte, un ethos basado en la solidaridad tiene el potencial de disminuir la desigualdad existente en el país mediante dos vías. En primer lugar, la solidaridad puede determinar obligaciones de carácter cívico para asistir directamente a las personas que se encuentran en condiciones de desventaja. Mediante la intervención inmediata de los ciudadanos en posibilidad de donar tiempo, talento o dinero, es posible reducir la vulnerabilidad de las personas que están expuestas a obstáculos que les impidan ejercer sus libertades substantivas. En este caso, la solidaridad se expresa como una virtud cívica que, desde distintas esferas de acción, y dependiendo de los recursos disponibles por cada ciudadano, promueve la acción en favor de los demás a fin de disminuir la brecha de capacidades que tienen las personas para llevar a cabo su plan de vida.

Las organizaciones civiles que brindan asistencia o promueven el desarrollo de capacidades son un mecanismo por medio del cual se puede articular institucional-

³ Cabe señalar que el politólogo Robert Putnam en sus estudios sobre el concepto de capital social también ha basado gran parte de su comprensión de la cultura cívica en la "confianza" (trust) que se presenta entre los miembros de una comunidad. La cual se expresa en gran medida como patrones de cultura asociativa. Ver *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy* (1993), "Para Hacer que la Democracia Funcione", y *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community* (2000) –"Solo en la Bolera: Colapso y Resurgimiento de la Comunidad Norteamericana."



mente la solidaridad existente entre los ciudadanos. Sin embargo, la solidaridad, como virtud cívica, también se expresa en la interacción cotidiana a través de la armonización de los intereses individuales con los colectivos. De manera tal que los miembros de una comunidad van haciéndose conscientes de que su bienestar individual no es independiente del bienestar de los demás, sino que se encuentran íntimamente asociados.

En segundo lugar, la solidaridad constituye una precondición de los esquemas de justicia distributiva de un Estado, orientados a garantizar un mínimo de bienes y derechos a los ciudadanos. Sólo en sociedades donde la solidaridad se encuentra densamente extendida es practicable construir instituciones que redistribuyan los beneficios de la cooperación social y disminuyan la inequidad. De tal forma que la solidaridad incide en actitudes cívicas que reconocen como legítimo que el gasto público tenga una orientación social para promover la igualdad de oportunidades entre los ciudadanos.

Asimismo, frente al reto que representa la desarticulación de los distintos subsistemas económicos regionales, la solidaridad fortalece la legitimidad de políticas hacendarias que establecen esquemas de transferencias de recursos hacia las zonas en las que existe un mayor rezago. En este sentido, la solidaridad permite que los esquemas de federalismo fiscal integren responsabilidades subsidiarias para acortar las brechas entre las regiones del país.

De igual manera, una cultura cívica basada en la corresponsabilidad solidaria fomenta la complementariedad entre las acciones del gobierno y la propia sociedad para abatir problemas comunes. Al sentirse corresponsables por el destino de la *res pública* (i.e., lo público), los ciudadanos no sólo van haciendo concurrentes sus intereses con los intereses del Estado del que forman parte, sino que el combate a la pobreza y la desigualdad se convierten en obligaciones personales. Si bien es cierto que, en gran parte, la solución de estos problemas es responsabilidad del gobierno, la sociedad tiene un papel primordial en la erradicación de los obstáculos que les impiden a las personas ser libres.■

Bibliografía

- Sen, Amartya, *Development as Freedom*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- Putnam, Robert, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993.
- Putnam, Robert, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community* New York: Simon & Schuster, 2000.